Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6838 6839 Martes 19 de junio de 2007
Temporada n° 54 **Cine MONUMENTAL 1**

LA MALDICIÓN DE LA FLOR DORADA (*Man cheng jin dai huang jin jia / Curse of the Golden Flower,* Hong Kong-China-2006). *Dirección*: YIMOU ZHANG. *Argumento:* sobre una obra de Yu Cao. *Guión*: Yimou Zhang. *Fotografía*: Xiaoding Zhao. *Diseño del film:* Tingxiao Huo. *Montaje*: Long Cheng. *Música original:* Shigeru Umebayashi. *Edición de sonido:* Michael McMenomy, Paul Pirola. *Vestuario*: Chung Man Yee. *Elenco*: Yun-Fat Chow (Emperador Ping), Li Gong (Emperadora), Jay Chou (Príncipe Jai), Ye Liu (Príncipe de la Corona Wan), Dahong Ni (médico imperial Jiang), Junjie Qin (Príncipe Yu), Man Li (Jiang Chan), Jin Chen (Mrs. Jiang). *Productores:* William Kong, Weiping Zhang, Yimou Zhang. *Productoras*: Beijing New Picture Film Co., EDKO Film Ltd., Elite Group Enterprises, Film Partner International, Standard Chartered Bank. *Duración original:* 114'.

Este film se exhibe por gentileza de Sony Pictures.

El film

Tras una larga carrera de joyas cinematográficas (no tan famosas como merecerían serlo, desafortunadamente), el director asiático Zhang Yimou debe de sentir cierta presión por superar con cada nueva obra la espectacularidad de su previa película. Quizás por eso decidió tomar un descanso al seguir las visualmente impactantes **Héroe** (2002) y **La casa de las dagas voladoras** (2004) con la íntima y sencilla **La búsqueda** (2005). Y aunque fue bastante emotiva y profunda, francamente me desilusionó que Yimou hubiera descontinuado el majestuoso y operístico estilo de sus más recientes títulos. Ahora veo que sólo estaba renovando fuerzas para crear su más imponente obra.

La maldición de la flor dorada es cine del más alto calibre... Una de esas obras que sólo aparecen esporádicamente para recordarnos el potencial latente en el medio y para capturar esa rara alquimia de elementos perfectamente balanceados y refinados que cristalizan una historia sólida e interesante con espectáculo visual que genuinamente desafía los sentidos, pero que nunca pierde su fundamental humanidad gracias al virtuosismo de actores que nos llevan más allá del exótico vestuario y de las inusuales costumbres de una remota cultura, integrándonos al drama y emociones de los personajes. Por si no queda claro, me gustó esta película.

La trama se desarrolla alrededor del siglo décimo en la Ciudad Prohibida de China, palacio y fortaleza del emperador Ping (Chow Yun Fat), quien reúne a sus hijos luego de una campaña militar para celebrar el Festival de los Crisantemos. Pero la reunión familiar se amarga un poco cuando el emperador se entera de que Wan (Liu Ye), el príncipe heredero, no desea la corona y prefiere que se otorgue el cargo a su hermanastro Jai (Jay Chou). Y, por si fuera poco, la emperatriz Fénix (Gong Li) descubre que su esposo la está envenenando lentamente, quizás como venganza por una trasgresión pasada. Afortunadamente la emperatriz tiene un plan para combatir la arrogancia de su esposo...

El argumento es indiscutiblemente operístico, rebosante de alto drama y épicas pasiones. Pero los actores, bajo la firme visión de Zhang, mantienen el control de los exuberantes personajes, haciéndolos perfectamente asimilables y comprensibles, aunque su estilo de vida supere cualquier idea que pudiéramos tener sobre exceso y opulencia. Chow Yun Fat se hizo famoso en las cintas de gángsters de John Woo, pero en su edad madura demuestra tener auténtico talento que va más allá de disparar pistolas en cámara lenta. Gong Li demuestra una vez más su perfecto manejo de

emociones (por no mencionar su legendaria belleza), y hasta el ídolo pop Jay Chou demuestra suficiente aptitud para mantenerse a la altura en un elenco tan brillante.

Hay escenas de artes marciales, pero no creo que debiera considerarse como una película dedicada a ellas. Para empezar, aparecen en menor medida de las que Zhang empleó en **Héroe** y **La casa de las dagas voladoras**. Y, más importante, su aparición es siempre justificada por el guión y consistente con el comportamiento de los personajes. Además, la coreografía del maestro Ching Siu-Tung mantiene las peleas más sobrias y creíbles (hasta cierto punto), evitando el exceso de wire-fu popularizado por el coreógrafo Yuen Wu-Ping.

Hablando de excesos, tengo que hacer mención del diseño de producción. Su representación del Imperio Chino bajo la dinastía Tang no es muy fiel a la realidad, pero, como he dicho muchas veces, es un error ir al cine buscando lecciones de Historia. En otras palabras, no me importa si el director toma amplias libertades con la realidad, pues obviamente su intención es entregar un épico drama de proporciones shakesperianas, donde no hay emociones débiles ni reacciones sutiles; todo debe ser exultante, exagerado y estentóreo, empezando por los ricos entornos que recorren los personajes, desde los aposentos reales hasta el campo de batalla. Y es sólo gracias a la destreza de Zhang como director que la historia trascienda tantos adornos visuales, manteniéndose honesta y creíble hasta el apropiado final.

(Pablo del Moral, extraído de www.labutaca.net)

La trilogía wuxia que Zhang Yimou comenzó con **Héroe** y continuó con **La casa de las dagas voladoras**, concluye ahora con tintes trágicos. El veneno corre por los vasos de oro de palacio y también por las venas de sus moradores. Lo que parece “lealtad, piedad filial y rectitud” (lema de la dinastía Tang) no es sino oropel manchado de infidelidad, venganza y sangre. Y tras el vivo colorido de sus lujosas estancias y los ricos ropajes se esconde la lujuria y secreto de un pasado de traición, la venganza y ambición sin límites que amenazan un futuro de armonía y paz. Retrato shakesperiano de las pasiones humanas en un marco incomparable por su belleza, riqueza y grandiosidad, todo bajo la mirada esteticista del director.

(...) La mirada de Yimou es la de un artista consagrado, capaz de recoger la belleza de un entorno natural o de unos interiores palaciegos, de indagar en el alma de sus personajes y reflejar sus buenas y malas pasiones, y de convertir escenas de pelea y movimientos de masas en poesía visual u ópera majestuosa. Lo ha demostrado en sus anteriores trabajos y lo vuelve a dejar patente en esta adaptación teatral. Es un cine culto y preciosista, con un prodigioso dominio del lenguaje visual con el que radiografía lo mejor y lo peor de la naturaleza humana. En el presente trabajo deslumbra la fastuosa y apabullante puesta en escena, los vivos colores de sus decorados colosales, y el detallismo ornamental y de elementos de atrezo (barrocas y abrumadoras resultan las capas y tocados de la pareja imperial en la fiesta). Cuidadísima labor de diseño de producción en que la cámara se mueve por los pasillos, se esconde pudorosamente en una esquina de una habitación imperial o se eleva para recoger los orquestados movimientos de masas de la batalla o la precisa coreografía de las doncellas de la corte. Yimou demuestra un absoluto dominio del espacio y el tiempo, con ajustados ritmos al servicio de un ritual litúrgico que debe respetar las reglas de la tradición imperial, también puestos de relieve en los duelos de espada.

Hay quien ha criticado al director esta brillantez formal calificándola de ampulosidad, efectismo o artificiosidad que saturarían el paladar del espectador hasta empachar su gusto y adormecer su intelecto. Sin embargo, no parece que detrás de tanto lujo y refinamiento no haya más que superficies pulidas y oro abrillantado, ni que sus personajes se reduzcan a saltimbanquis sin vida ni alma. Porque, como en todos los dramas de Shakespeare o en las tragedias griegas, tras la máscara se esconde una pasión secreta e inconfesable, una doble vida (auto)destructiva, unos instintos salvajes y pérfidos que siempre terminan por aflorar y cobrarse sus víctimas. Por eso, parece necesaria tanta bella apariencia para dejar al descubierto tan profunda podredumbre y vicio: traición y venganza, celos y envidias, amantes e incesto, asesinato e impiedad filial se convierten en bajezas aún mayores en medio de tantos aires de grandeza, lealtades jerarquizadas, armonías impostadas y bordados en oro.

Es cierto que este Yimou carece del desarrollo narrativo de anteriores trabajos, que la historia se circunscribe prácticamente a la trama principal, que deja en la oscuridad hechos del pasado que arrastraron a los personajes y que ahora quedan celosamente vedados a la curiosidad del espectador. También es verdad que el escenario se circunscribe al palacio y sus patios de acceso, privándonos de los paradisíacos parajes de las películas anteriores, sin despegarse de su inspiración teatral. O que, siendo espectaculares y bellísimas, las exhibiciones de artes marciales no tienen la espectacularidad de **La casa de las dagas voladoras**. Pero todas beben

de la misma fuente, y ahora se ha preferido resaltar ese aspecto dualista y de contraste entre la brillantez exterior y vaciedad interior de una sociedad decadente y falsa, con reflejo en otra época, porque –como Sófocles o Shakespeare– estamos ante una obra atemporal, y quizá réplica de otra actual en que la China comunista parece buscar oxígeno capitalista entre las acartonadas estructuras del marxismo.

Si lo más fascinante es su fastuosidad y colorido visual, no menos valoradas deberían ser las interpretaciones de sus personajes, obligados a moverse entre la formalidad del protocolo y el impulso venenoso que corre por sus venas. La ambigüedad y la aparente frialdad se dibujan en los rostros de Chow Yun Fat o Gong Li para no mostrar sus sentimientos ni descubrir sus cartas: contención expresiva y armonía de movimientos para guardar una falsa calma de palacio, a la espera del día en que todos se quiten su máscara y aparezcan los crisantemos bordados en oro, en que el amarillo dorado se transforme en rojo pasional y sangriento. También los secundarios trabajan a gran altura en esta gran producción de miles de figurantes, de lujoso vestuario y de un maquillaje que convierte los rostros en delicadas porcelanas, hermosos pero fríos. Los personajes no llegan a conmover con sus dramas porque se recurre a la representación escénica como manera estilizada y distante para hablar de otras realidades más abstractas y comprometedoras.

(Julio Rodríguez Chico, extraído de www.labutaca.net)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**